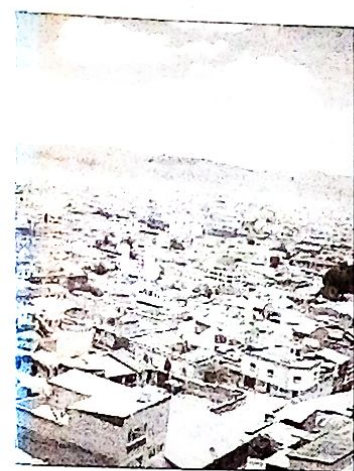




a ciudad de Oruro

ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA correspondiente de la
Itinerario de la Fundación de la Villa de San Felipe de Austria. El
manera:



más moradores, la villa iba de bien a mejor hasta 1680 en que alcanza su auge. La población total alcanza a 80.000 habitantes; en tanto que la de Potosí a 150.000 personas.

Al finalizar el siglo XVII, la ley de los metales en explotación tendía a bajar, exigiendo de trabajos a profundidad en las minas e inversión de capitales que parecían cada vez más escasos.

Rebellones indígenas

Al comenzar el siglo XVIII, las perspectivas de trabajo y de vida en la

villa iban de mal a peor. Muchos mineros levantaron las manos y se marcharon, languidecía el comercio y la gente empobrecía, al tiempo que desde la Metrópoli hispana se exigía más y más tributos, de modo que, como en el resto de las colonias, se pasaba a la exacción de la que mestizos e indígenas llevaban la peor parte.

Lo irónico es que los recaudadores de impuestos a los nativos eran avispados indígenas que se compraban los cargos, deviniendo en verdugos de su propia clase.

Dentro de ese ambiente propicio a la protesta no podía extrañar la aparición de caudillos que reclamaban para sí el linaje de los desaparecidos incas y aspirasen a la restauración de su imperio, tal cual ocurrió en 1739 con Bélez de Córdova, quien, dedicado al comercio, recorría pueblos y villas de los dos Perús, sólo que atando los cabos de una gran conspiración restauradora del imperio incaico, pero con vigencia de algunos valores que trajeron los conquistadores, como el religioso.

Bélez de Córdova, oriundo de Moquegua, de triunfar la causa en la que estaba empeñado, se habría proclamado Rey Inca. Como justificación de todo emitió una extraordinaria proclama con el título de "Manifiesto de agravios", hasta cierto punto, anticipatorio en algunas puntualizaciones de lo que años más tarde, en Europa, formularía parte de la Declaración de los derechos del hombre.

La delación de la conjura a las autoridades por parte de uno de los implicados dio al traste con la conspiración y Bélez de Córdova, junto a sus lugartenientes, fue ajusticiado.

Habrían de transcurrir cuarenta y dos años para el estallido de una verdadera insurgencia en la Villa de San Felipe, la del 10 de Febrero de 1781 y días subsiguientes, bajo la organización, financiamiento y conducción del criollo Jacinto Rodríguez de Herrera y sus hermanos Isidro y Juan, quienes contaban con el apoyo de los criollos, los mestizos e indígenas, en una increíble alianza. La rebelión no podía ser sólo local, estaba enlazada con el movimiento que meses antes encabezara Túpac Amaru en el sur del Perú, en Tinta, sólo que prematuramente fue derrotado y con ello dislocado el movimiento orureño. El caudillo peruano aspiraba también a la restauración del imperio incaico.

La actitud del Clero

Los hechos del 10 de febrero de 1781, días y meses subsiguientes son bastante conocidos. Sebastián Pagador, asalariado de Rodríguez de Herrera y principal activista de la rebelión, fue muerto por los Indios, tras la defensa de las Cajas Reales de un asalto de los indígenas.

Lo notable en la insurgencia es que los miembros del clero local a la cabeza del Vicario Patricio Menéndez, oriundo de Potosí, y los que prestaban servicios en las parroquias esparcidas por el campo, tuvieron activa participación, unos a favor de la rebelión y otros como decididos leales a la monarquía española.

Los curas alzados fueron también detenidos y juzgados dentro del fuero eclesiástico. El Vicario Menéndez fue conducido a Buenos Aires y de ahí a Madrid donde se le fijó residencia obligatoria mientras se sustentara el proceso iniciado contra él. Ciertamente se trata de uno de los personajes ignorados de la rebelión febrerina de 1781, quien llevó un pormenorizado diario de la insurgencia y sus motivaciones. Ya al finalizar el azaroso siglo XVIII, el tribunal que lo juzgaba en Madrid,

terminó por absolverlo, rehabilitándolo para el ejercicio de su ministerio en cualesquier villa de América que no fuera la de San Felipe.

La aprehensión y juzgamiento de los curas rebeldes creó a la Iglesia en San Felipe serios problemas, desde la escasez de oficiantes y evangelizadores a la actitud de los feligreses sin pastores, de lo que muy sabiamente pudo salir adelante.

Precisamente de 1789 data la aparición de una Virgen de la Candelaria, o del Socavón, cuya veneración se propagaría cada vez con mayor boato hasta nuestros días.

En 1793, los religiosos franciscanos y autoridades políticas de la Villa se dan a la tarea de acopiar la documentación pertinente en procura de la beatificación de Fray Juan de Espinoza, trámite que resultó frustrado; como en el siglo anterior en Cusco con respecto a la beatificación del orureño Fray Francisco de Salamanca.

Al finalizar el siglo XVIII, en San Felipe, que ya sólo se nombra de Oruro, se ingresa a un período de recuperación económica y social que se corta bruscamente con el estallido de las luchas de independencia patria.

La República Siglo XIX

Si la frustrada insurgencia febrerina de 1781 dejó a San Felipe privada de lo mejor de sus estratos pesantes, industriales y artesanales, lo prolongado de las luchas por la independencia lo fue todavía peor.

Oruro ingresó a la República con su población disminuida a no más de cinco mil habitantes, con sus minas paralizadas por muerte o abandono de sus propietarios, el comercio agónico y demás extremos. ¡Oruro era una penal, tanta que en 1833, cuando arribó a la empedregada ciudad el sabio francés Alcides D'Orbigny, la encontró de "aspecto miserable", como deshabitada y con casas en ruinas. En 1850 llegó un científico italiano y tras el estudio de las diferentes minas, concluyó que todo era posible de recuperar con la introducción de maquinaria minera de última fabricación, sólo que ningún dueño de mina poseía el capital necesario para la importación.

A Oruro le llevaría tiempo su recuperación. Afortunadamente en 1892, el Presidente Aniceto Arce da cima a su obra de comunicación férrea desde la costa del Pacífico al corazón del altiplano boliviano, a la ciudad, lo que importa su efectiva refundación, como comenzando de nuevo. El ferrocarril creó trabajo, reintrodujo el gran comercio, trajo gente de diferentes latitudes y abrió a una verdadera visión de patria. Un monumento erigido en su memoria, costeado mediante aporte público, perpetúa su obra, por mucho de que al presente la industria ferroviaria estuviera a menos en la región occidental del país.

El siglo XIX en república dejó a Oruro, frustrada que fue la instalación de la Asamblea constitutiva de la patria, cual la había convocado el Mariscal Sucre, la satisfacción cívico-política de la reunión y deliberación de ocho congresos nacionales a partir de 1851 a 1900, bajo diferentes presidencias de la República, con el añadido de que mientras deliberaba un Congreso, desde Oruro se gobernaba a la nación. Se trataba de gobiernos precariamente itinerantes que, tras la llamada Guerra Federal, se fijó en La Paz la sede permanente del Poder Legislativo.

Oruro en la primera mitad del siglo XX

Entre los finales del siglo XIX y comienzos del XX periclitó la minería de la plata e irrumpe la del estaño y de otros minerales que, adjuntando el ferrocarril y un creciente comercio, lleva a un espectacular progreso en Oruro; más propiamente a la construcción de una ciudad moderna dotada de servicios públicos y privados que en otras capitales del país se demoraría en instalar.

Durante las cuatro primeras décadas de siglo, Oruro se erige en un "polo de desarrollo nacional"; en lo humano, por una parte, gracias a una migración interna de hecho selectiva y, de otra, la radicaría de gente venida de países vecinos, de América del Norte, de Europa y de Asia, conformando atractivas comunidades que allentan la apertura a la ciudad de siete consulados de otros tantos países.

Se abren casas bancarias y comerciales, hoteles y hospederías, se instalan algunas fábricas, se construyen mercados, hospital, teatro y soberbios edificios como el de la Prefectura, Palais Concert, la residencia-palacete y edificio de oficinas del magnate Patiño, a costa de la demolición de vetustas casas coloniales. Del empedrado de calles y avenidas, plazas y parques se pasa al asfaltado de calzadas y en cementado de aceras en un radio de 22 cuadras.

La Libra Esterlina es el patrón monetario sólo para las grandes transacciones, pues, el pueblo prefiere los billetes denominados bolivianos.

Al comenzar el siglo se efectúa un censo nacional de población que arroja para la República 1.766.451 habitantes; al Departamento de Oruro 86.100 Hbles. Y para la ciudad capitalina 15.900 Hbles., dos veces más que el padrón de cuando el arribo del ferrocarril (5.586 Hbles.).

El radio urbano local levantado en 1902 comprendía: hacia el Norte hasta la calle Cochabamba, al Sur hasta la calle Murguía, al Este hasta la Potosí y al Oeste hasta la calle Washington, todo a partir de la Plaza de Armas, hoy 10 de Febrero, pero con un planificado crecimiento hacia un Oruro todavía más moderno.

Lo notable de todo es que la ciudad de Oruro, desde el colonaje carecía de vida vegetal, exceptuando algunas esporádicas cactáceas y débiles matas de paja en los cerros vecinos, mas vecindario y diligentes autoridades se prodigaron en siembras empíricas, experimentales y científicas hasta el logro de dotar de pulmones a la ciudad. Hubo socarrones visitantes que señalaron que Oruro jamás sabría del verdor vegetal y que lo mejor habría sido cortar arbolitos de lata y pintarlos de café y de verde.

En fin, que Oruro, a partir de su centro ciudadano que hoy conocemos, se rehizo con modernidad gracias al ferrocarril, el estaño y el comercio; gracias al esfuerzo de sus vecinos y de bolivianos de otras ciudades y de extranjeros venidos de todas partes, pues, aquí no se preguntaba "de dónde venía el hombre si traía en sus manos la crispación del trabajo", cual lo dijera el poeta Luis Mendizábal Santa Cruz.

Penurias y alegrías en segunda mitad del siglo XX

Tres son los fenómenos que caracterizan a la segunda mitad del siglo XX en Oruro: 1.- El extraordinario poblamiento y aprovechamiento del suelo vacante; 2.- La dramática crisis de la minería de 1985 que aguza el ingenio de los orureños para salir adelante del mal momento y, 3.- El sorprendente cultivo de las letras y las artes; y, en cultura popular, el esplendoroso desarrollo del folklore hasta alcanzar la proyección internacional que ahora tiene.

Como en el resto del país, se ingresa a la segunda mitad del siglo XX dentro de acusado malestar social y económico que tiende a radicales soluciones. En 1952 estallan en La Paz y en Oruro conatos de revolución; en Papalpampa se libran fieros combates y se inicia un ciclo de aparentes cambios con la estatización de las minas, reforma agraria y demás.

La estatización importa para Oruro un duro golpe. Creada la Corporación Minera de Bolivia, se centraliza en La Paz todo el sistema de compras y suministros para las minas; gradualmente se cierran las firmas rescatadoras de minerales, empresas importadoras y negocios concomitantes. Comienza un alarmante éxodo de población, primero de los progresistas residentes extranjeros ya orureñizados, luego de sectores de clases medias; en contraparte se registra una persistente migración interna campo-ciudad.

Para 1960, árabes, eslavos, ingleses, judíos, checos y demás residentes extranjeros han abandonado la ciudad, dejando en pie establecimientos educacionales como el Colegio Alemán, el Anglo-americano y el Reckie College.

Como satisfacciones locales se asiste al ingreso de la metalurgia y los primeros pasos hacia la siderurgia, se instalan industrias de metal-mecánica y de cemento, se emprende la búsqueda de hidrocarburos en Poopó y se admira la sostenida construcción de edificios de varios pisos de ladrillo y cemento, de vidrio y aluminio, pero se deplora que la industria ferroviaria haya limitado sus servicios al mínimo.

Y así llegamos al cuatricentenario de la fundación de la ciudad de Oruro que la encuentra en franco despegue económico, social, religioso y urbanístico que, lo deseamos de todo corazón, ojalá sea el preanuncio del ingreso a un nuevo auge para bien de todos, de Oruro y de la patria boliviana.

Angel Agustín Torres Sejas. Oruro. Historiador y periodista.
Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua.